

Devastado *

Tropismo

¿Movimiento? Sólo como la ameba. Dignamente. (A la convexidad azul, a que la mano esparza allí, como sembrando trigo, las pequeñas estrellas. A los blancos y los glóbulos rojos cruzándose, fluyendo, batalla expresionista en la nieve) Ningún otro. (El placer a sí mismas de las olas, sí; de las esferas silenciosas en la noche, es diferente) La planta hacia la luz, sí; pero se sacrifica y muere por la música su asombro idéntico al leve de mis ojos cuando la gravedad tira de la belleza por su peso hacia la tentadora tierra. Cuidado. El movimiento que crees imperceptible no pasa inadvertido a quien púdicamente lo provoca. ¿Atrofia el estímulo puro la indiferencia? No. Se desplaza el instinto. Pero la rosa abre.

Después de la cita

De la duda también, la perfección es la medida exacta de la espera. Es esta intensidad en el jardín nevado o en la ventana de un café mientras afuera llueve. En punto estoy, la cita. Podría lamentar tanta fascinación perdida, malgastada, pero nunca el juego prudente ni sus fuegos, artificiales si me obligué a ser maravilloso para nadie, si en vilo aguardo —si me llamara, sí, si me llamara— la hora de la cita. No basta, la arquitectura ardiente de la alondra dibuja el gótico en ruinas para iniciar su ansia, el vuelo que concluya con el retorno a la escritura insomne, con la vuelta, solo, y naturalmente derrotado, ebrio, a casa.

* *Tres poemas del libro inédito Devastado —diario de un poeta tartesso—.*

El juego más hermoso

Espalda del verano me da su espalda para ser estriada con esmalte de uñas como columna jónica. El rastro paralelo, aunque tiembles, sea el que te desangre. Sí, amor fue barroco cuando nadie segmenta ni analiza. Ni divide. Lo fue, irascible, atormentado, flamígero en la espada del ángel que expulsa y cierra y lo clausura, lo guarda y lo prohíbe: el paraíso. Que música bilingüe no impida esta quimera, el juego de dije, me dijiste, que sea insomnio de entonces responderé y me contestará... Pero puede humillarme, obsesión y victoria. ¿Cómo llamar sino lascivia al desprenderse a tiras la corteza en mí del eucalipto?

Juan Cobos Wilkins